

Juan Estelrich

Balmes y su temperamento



Es ahí la más positiva contribución—por ahora— a la conmemoración balmesiana: la publicación de las «Obras completas» de Balmes en dos densos volúmenes (Editorial Selecta). Esta nueva edición, dirigida y prefaciada por el Padre capuchino Basilio de Rubí no inutiliza la del benemérito y sabio P. Ignacio Casanovas, en treinta y tres volúmenes, tan fácilmente manejables y provistos de unos índices analíticos tan útiles. La ímproba tarea del P. Basilio se recomienda, a su vez, por habérmnos suministrado el texto más conforme con el original, por haber modernizado la colocación y tipografía de las citadas bibliográficas; pero sobre todo, por haber reunido sistemáticamente la entera producción balmesiana en torno a tres grandes entidades: filosofía, religión y civilización.

El primer tomo, que acaba de salir de las prensas, contiene los escritos filosóficos y religiosos, más los artículos y obras relativos, desde puntos de vista generales, al tema de la civilización; ahí está el Balmes restaurador de la filosofía y defensor de la fe católica. El segundo tomo contendrá los escritos sociales y políticos, tanto los referentes a España como al extranjero: ahí aparecerá, en medio de la incoherencia de ideas y hechos que le rodeaba, el Balmes organizador, como nadie más en su tiempo,

de la conciencia nacional, y que no olvidaba las conexiones de ésta con la situación del mundo europeo. Débese ya felicitar por esta feliz clasificación al espíritu sistematizador, que no sistemático, del doctor Padre Basilio.

La personalidad y la acción de Balmes ofrece (a vista de pájaro, claro está, y salvadas las divergencias doctrinales) un cierto paralelismo con las de su contemporáneo Gioberti: fueron ambos unos meditativos, unos filósofos que se adentraron en las cuestiones candentes de su siglo y de sus respectivas patrias, interviniendo en la vida política y alcanzando la popularidad. El primer tomo de esas nuevas «Obras completas» corresponde al Balmes pensador; el segundo al Balmes hombre de acción social y patriótica. Al pensador no es fácil, antes bien arriesgado, llevarle a donde él no quiso ir; en cuanto al político—¡ay!—no faltan temerarios que, con oportunista desenvoltura, se esfuerzan en arrimar la luminosa ascua balmesiana a cualquier sardina ocasional.

Debemos, además, felicitar al P. Basilio por su clara, y clasificadora, «introducción filosófica». La costumbre de tratar a Balmes como un dechado de sentido común ha suscitado en las gentes la idea de un hombre, desde luego muy talentado pero sin acusada personalidad; algo muy sólido, pero a ras del suelo. Pues bien, sin que llegue a ser propiamente hechicera, la figura de Balmes, en cuanto se la contempla con detención, sorprende por su fuerza y su originalidad. Al estudiar su mentalidad, el P. Basilio, distingue su actitud y su doctrina; fija, por una parte los rasgos psíquicos-mentales de Balmes, su estilo y carácter, su manera de ser, como también de ver, plantear y resolver los problemas filosóficos y, por otra parte, fija su pensamiento puro, la substancia de su doctrina. Al condensar y sintetizar todo ello aparece la fisonomía singular, personalísima, de la egregia figura. Veamos esa fisonomía en rápido esbozo.

En el temperamento de Balmes convergen dos cualidades o disposiciones que no suelen ir de pareja: una especie de gusto

(«instinto» escribe el P. Basilio) por la poesía en sus formas románticas y sentimentales y una fuerte disposición por las ciencias matemáticas. Al romanticismo poético se debería tanto el recurso a las razones del corazón como la brillantez y viveza en las exposiciones y argumentos; al talento matemático se deberían el orden y la precisión, la nitidez lógica y la profunda claridad del pensamiento discursivo y didáctico. Lo primero infunde a la prosa balmesiana un ritmo emotivo, una palpitación de humanidad; lo segundo establece una severa vigilancia de la propiedad y rectitud en las argumentaciones.

Cita el P. Basilio, como alarde efectivo, la demostración moral de la inmortalidad del alma que efectúa Balmes tras las demostraciones dialécticas y metafísicas: pasma—dice—«la cantidad de poesía y emotividad» que puso Balmes en su argumentación. Nuestro filósofo se muestra ahí fiel al estilo de su tiempo. Pero, además—recordaré por mi cuenta—Balmes creía en la inspiración filosófica, que «inspiración hay también (Filosofía fundamental I,4) en la filosofía e inspiración sublime» y de ella se sintieron poseídos los mayores filósofos desde Platón a Leibniz. Que la matemática y la poesía hagan buenas migas no es tanto de extrañar aunque no se den en el romanticismo poetas con mentalidad científica. Diéronse en Grecia, y en el Renacimiento y en nuestros días. A Balmes le gustaba la poesía en todo. Pero, como ya hube de advertir en otra ocasión esa poesía que gustaba a nuestro pensador no era el profundo sentido de la existencia que inspira a Novalis o la quintaesencia de las cosas según Mallarmé, sino más bien adorno y elegancia, emoción poética y estímulo. Me resisto, en suma, a llamar poesía a lo que Balmes entendía por tal. Cuando se funden especulación y poesía sale el poema de Lucrecio, el «Paraíso» del Dante, el «Zarathustra» de Nietzsche o el «Eupalinos» de Valery; no sale «El Criterio», ni la «Filosofía Fundamental».

Según el P. Basilio, de la afectividad se pasa al escepticismo. «Tanta emotividad debe engendrar inevitablemente en Balmes

como una predisposición a la posición inicial escéptica en materia racional y filosófica. ¿Quiérese decir que el hombre afectivo, creyente en las razones del corazón, no se halla espontáneamente dispuesto a aceptar las razones del intelecto puro? En esta antinomía se basa precisamente el antagonismo de vitalistas e intelectualistas. La observación es grave e importante tratándose de Balmes. Porque es un hecho su afectividad y es un hecho también su postura escéptica, salvo, claro está, en materia religiosa; desengañado de todas las autoridades científicas, confiesa él mismo que «vino a pronunciarse revolucionariamente contra sus poderes, levantando en su entendimiento una bandera que decía: Abajo la autoridad científica, pocos hay, pues, que le superen en escepticismo; y con motivo se le puede clasificar junto con los «escépticos por naturaleza y creyentes por la gracia de Dios». Lo que no veo claro es qué el temperamento afectivo engendre «necesariamente» la postura escéptica. Sea como sea, esa rebelión contra la ciencia es muy significativa en los tiempos de Comte, que habían confiado el futuro de la humanidad a la fe en el progreso científico.

Una de las cualidades del carácter de Balmes—a la que, a mi modo de ver, no se concede la debida mención—es su voluntad formidable,—su potente energía, que le permitió cargar ágilmente sobre sus hombros tareas de tanto volumen y tanta responsabilidad. Hubo de ser, para ello, forzosamente expedito, rápido en el proceder. Como sí, en lo más profundo de su ser, sintiera su muerte próxima, desarrolló, en los últimos seis años de su vida, una actividad y una reproducción vertiginosas. Viajó, estudió, actuó políticamente y escribió con una fertilidad asombrosa. Su obra, sin embargo, aparece completa, sin baches. Tanto, que uno se pregunta, qué hubiera podido añadirle substancialmente en el caso de haber vivido más.

A las condiciones de su carácter, más que a su doctrina, debe vincularse su afinidad con el llamado pragmatismo catalán o filosofía del «seny». La tradición filosófica—aquí corta y mo-

desta— no puede consistir entre nosotros, y creo que en ninguna parte, en la persistencia de un mismo sistema de pensamiento, constantemente actualizado al correr de los siglos. Consiste más bien en un estilo de pensar en un aire de familia, en una manera de tratar los problemas, en un modo de vivir las cosas del espíritu. Se ha advertido en el pensamiento catalán del siglo pasado un cierto sentido práctico. (Tal vez no sea otra cosa, en el fondo, que una versión meridional y conservadora del pensar histórico, quiero decir un pensar en función del momento y el lugar en que se vive, «hic et nunc» aquí y ahora). Balmes se encuentra de lleno dentro de esta corriente con su realismo natural, con su acomodación a la realidad concreta. El inolvidable y jocundo P. Miguel d'Esplugues llamó acertadamente a «El Criterio» «evangelio de todas las flexibilidades».

Para hallar un antecedente a Balmes y a la filosofía del «seny» hay que hacer un salto atrás de tres siglos, hay que regresar hasta Vives, que renació en la lejana Caledonia, en tiempo de las luces», cuando nadie entre los enciclopedistas se acordaba de él. Balmes le llamaba «uno de los hombres más grandes del siglo XVI». (El Protestantismo, I, VI) y a él acudió—¡al promotor del progreso de las ciencias y precursor de Bacon!— precisamente para apoyar sus argumentos sobre «la vanidad de las ciencias humanas» y «la debilidad de nuestro entendimiento». Hay, pues, hilos directos entre Vives y Balmes, aparte los que fueron a dar una vuelta por Escocia. Pero lo que más atestigua el parentesco de ambos filósofos es su común actitud: el sentido de lo concreto, el interés práctico por las cuestiones sociales, el pacifismo político conciliador, la defensa de la fe cristiana, la ambición civilizadora. Ahí, en ese conjunto de tendencias idénticas, hay una tradición, esto es, un carácter común,